

cer la caridad; y por lo mismo, aquí concluyo por hoy, pero no lo haré sin darte un buen consejo á este respecto.

«Procura que tus buenas acciones, pocas ó muchas, estén siempre al abrigo de la publicidad. Mientras mas secreto es el beneficio, mas grato es al que lo recibe, y tambien al Padre de todos los beneficios, que no les da precio alguno si los corrompe la ostentacion.»

No olvides nada de cuanto te llevo dicho, y procura hacer cuanto bien puedas á tus semejantes, que la recompensa será magnífica.

CARTA XXII.

En la presente quiero solo contarte un hecho de que fuí testigo hace pocos dias, el que, por sí solo demuestra lo que es la caridad, cuánto bien se hace con ella, y cuánto ganan tambien aquellos que quieren y saben practicarla.

Un amigo mio fué invitado en mi presencia para socórrer á una familia desgraciada, y hasta tal punto llegó á pintársele la pobreza y afliccion de aquella, que mi amigo, dueño de un excelente corazon y de no escasa fortuna, determi-

no ir en el acto á hacer una visita á aquella infeliz familia. Yo fuí desde luego invitado para acompañarle, y un cuarto de hora despues, ambos nos encontráramos en la puerta de la casa que se nos habia indicado.

Era esta de vecindad, y la vivienda que habitaba la familia estaba situada en el segundo patio. Llegamos mi amigo y yo al pié de una estrecha y oscura escalera que se nos señaló por la casera: subimos por ella, y una vez frente de la puerta que conducia á la habitacion, llamamos.

Algunas voces confusas de mujeres, y los pasos precipitados que claramente percibiamos, nos hacia creer que habiamos sido oidos; sin embargo, nadie nos respondia como se acostumbra en tales casos. Llamamos de nuevo: la puerta se abrió al punto, pero cuál fué nuestra sorpresa al ver tres señoras arrodilladas delante de nosotros llorando á todo llorar: algunas palabras entrecortadas que pronunciaban aquellas desgraciadas en medio de las lágrimas que inundaban sus ojos, nos manifestaban bien claro que algo nos decian en ese marcadísimo tono de súplica; pero absolutamente podiamos comprender de lo que se trataba.....

Aquella infeliz familia nos tomaba por unos curiales á quienes esperaba aquella misma tar-

de para ser embargada y lanzada de la casa cuya renta no habia podido pagar en tres meses consecutivos, mas una vez reconocido el error, la escena cambió completamente como bien puedes figurarte; siendo estas ó semejantes palabras las primeras que mi amigo dirigió á aquellas desgraciadas [madre ó hijos]. Tranquilícense ustedes y nada teman de la desagradable visita que esperan esta tarde; habrá con que pagar lo que ustedes deben, y todo se arreglará.

No habia acabado mi amigo de pronunciar la última de aquellas consoladoras palabras, cuando las señoras, viniendo de rodillas hasta él, se asieron fuertemente de sus rodillas y tomándole al mismo tiempo las manos, se las besaban á porfia manifestándole así su inmensa gratitud.

Mi amigo, mortificado con tales demostraciones hasta un punto que no puedo esplicarte, les suplicaba se levantaran y procuraba tranquilizarlas diciéndoles á esté fin palabras muy consoladoras, pero que por lo mismo las obligaban mas á manifestarse agradecidas. Yo creia que aquello no tenia fin; pero el caso es que aquella escena tierna é interesante por demas, terminó como era de esperarse: abrazos, lágrimas, y protestas de gratitud.

En seguida, la señora nos propuso pasar á la pieza inmediata donde se encontraba el señor

enfermo, y en efecto, pasamos, pero ¡qué cuadro, Dios mio! Figúrate, hijita, á un señor como de cincuenta años, tendido sobre una pobrísima cama, manifestando su semblante pálido y macilento, los sufrimientos físicos y morales de que era víctima aquel desgraciado. Además, habia sobre la misma cama, dos niños de corta edad, medio dormidos ó mas bien casi desmayados. Y ¿por qué te parece que estaban así aquellos niños? por el hambre, hijita, por el hambre pues que en todo aquel dia no habian tomado mas alimento que una pequeña taza de té; y cansados de llorar, pidiendo á su infeliz padre lo que no pudo darles, se habian quedado en aquel estado.

¿No comprendes, hijita, todo lo negro de este cuadro?..... Pero no, tú no puedes comprenderlo, porque no conoces el amor de los padres para los hijos, que es el amor verdadero: porque es el único amor que no conoce otro interes que el bien del objeto amado. ¡Ah! yo me contristo, y positivamente me siento mal cuando recuerdo lo que presencié aquel dia, y no sé como podria sufrir sin morirme ó perder el juicio aquel tormento, aquella horrible angustia con que Dios quiso probar á aquella infortunada familia. Pero ella era buena, ella era virtuosa; supo sufrir con resignacion cristiana los padecimientos

que Dios quiso mandarle y le pedia constantemente el remedio: S. M. oyó al fin sus súplicas y puso fin á sus desgracias de la manera que vas á ver.

Luego que mi amigo comprendió todo lo que pasaba en aquella casa, tomó en el acto las providencias convenientes para que se trajera algun alimento, que era por lo pronto la necesidad mas apremiante; y mientras que él venia, dirigió algunas palabras de consuelo al infeliz enfermo, que no encontraba por su parte como manifestar su agradecimiento.

«Desahóguese usted, señor, le decia mi amigo al pobre y aflijido enfermo, comuníquenos usted sus penas para que ellas se mitiguen y vuelva la calma á su angustiado corazon; sí, la calma, porque de hoy para adelante yo me prometo que usted lo pase mejor y espero conseguirlo.»

El pobre señor al oír estas palabras se conmovió hasta el punto de ponerse á llorar como un niño, y haciendo en aquel momento un esfuerzo supremo, pudo levantarse un poco de la cama, y tomando la mano de mi amigo, la besó repetidas veces empapándola al mismo tiempo con sus lágrimas.

En estos momentos llegó el alimento de que tanto necesitaban aquellas gentes, y á su vista todos los semblantes se animaron notablen-

te. La señora, la buena madre despertó inmediatamente á sus pequeños hijos, presentándoles una taza de leche y bizcochos, que los ambrientos niños no comieron sino devoraron en unos cuantos minutos. Los papás y las otras dos jóvenes hicieron otro tanto, aunque con la moderación que era natural. Mi amigo y yo nos encontrábamos allí algo embarazados, y hubiéramos deseado salir de la pieza á lo menos por un rato, pero no nos atrevimos á hacerlo así. El señor, por su parte, levantaba á cada momento los ojos y las manos al cielo dando gracias á Dios por tanto beneficio.....

Cuando la tranquilidad y hasta el contento tal vez habian sustituido ya en aquella casa á la afliccion y amargura que antes reinaba, mi amigo creyó conveniente que nos retiráramos, pero no sin ofrecer antes á las señoras que al dia siguiente recibirian una visita de su señora y su hija, quienes se encargarian de arreglar todo lo necesario para que nada les faltara en lo de adelante.

No puedes imaginarte las manifestaciones de cariño y gratitud de que fué objeto mi amigo por parte de aquella buena familia. El señor, fuertemente emocionado, no podia ni hablar, pero sí tomó la mano de mi amigo al despedirse y la llevó con efusion repetidas veces á sus

lábios. La señora y las niñas [muy bonitas y simpáticas por cierto] no encontraban palabras con que manifestarse agradecidas y ofrecían á mi amigo pedir á Dios constantemente por él y por su familia. Y los pobres chiquillos, aquellos que se encontraban media hora antes casi muertos de hambre, al ver lo que sus padres y sus hermanas hacían con nosotros; nos presentaban ambos el pedazo de bizcocho que tenían aun en sus pequeñitas manos: ¡no podían hacer mas los pobrecitos!

Salimos, en fin, de aquella casa mi amigo, y yo, verdaderamente emocionados, conmovidos hasta tener que limpiarnos varias veces las lágrimas que sin poderlo remediar rodaban por nuestras mejillas; pero eran lágrimas dulces, hijita, eran lágrimas de aquellas con que se alimentan los corazones no vulgares, los corazones bien formados.

El siguiente día yo mismo conduje á la casa á la señora y la hija de mi amigo, ambas muy buenas y muy caritativas tambien, de aquí es, que tomaron por su cuenta á aquella familia, cuya suerte, en menos de quince dias, habia cambiado completamente.

El señor fué colocado como escribiente en una oficina, los dos chiquillos puestos en un colegio, la señora y las niñas dueñas de dos buenas má-

quinas de coser ayudaban bastante con su trabajo para el sosten de la familia, que vive hoy contenta y tranquila como la que mas.

¿No te ha interesado mi narracion? ¿No sientes deseo de hacer el bien? ¡Ah! Dios quiera que seas muy caritativa, pues ya sabes que la caridad es la virtud de las virtudes.

CARTA XXIII.

Un distinguido escritor frances, despues de haber publicado un libro interesantísimo con el título de «Le Femme,» publicó otro no menos interesante con este otro «Ancore les femmes,» y acordándome yo de esta ocurrencia de aquel notable escritor, te digo al principiar mi tercera carta sobre la caridad, ancore le charité, sí, todavía la caridad: es tan vasto el asunto y tan hermoso á la vez, que no tres cartas sino tres resmas de papel podrian escribirse fácilmente sobre esta virtud que es la base de nuestra adorable religion.

Pero no haya miedo de que la presente carta te fastidie, porque ella está dedicada únicamen-

te á darte á conocer un hecho que presencié y llamó mucho mi atención: vas á saberlo.

Era la época de la intervencion francesa y acababan de dar las nueve de la mañana: las calles de San Francisco y Plateros se encontraban llenas de gente que atravesaba en todas direcciones, como sucede siempre á tales horas, especialmente en los dias festivos.

Yo me encontraba en la esquina de la Profesa admirando los hermosos ramos de flores que se vendian allí como de costumbre y esperando al mismo tiempo que pasara el mariscal Forey, quien de vuelta de la misa, se veia ya venir á caballo por la 1.^a calle de Plateros seguido de todo su estado mayor.

A la sazón llamó mi atención un infeliz ciego que se encontraba en la esquina opuesta pretendiendo pasar al otro lado; pero sin poder verificarlo por los muchos carruajes y caballos que por allí pasaban. El desgraciado ciego emprendia de nuevo á cada momento su camino; pero de nuevo tambien tenia que volverse atrás, cuando el ruido de algun carruaje le advertia del peligro que le amenazaba.

Ví entonces salir del templo de la Profesa tres personas: una jóven como de 15 á 16 años; un niño de mucha menos edad y una señora mayor que cuidaba de ambos: el porte y el traje de

la jóven indicaban que pertenecia á la primera sociedad.

Ver aquella graciosa jóven al pobre ciego cuyo deseo comprendió desde luego, acercársele, tomarlo por la mano y ponerse en marcha con él por el medio de la calle, obra fué todo de un momento. La gente sorprendida de ver aquella tan eterogenea pareja atravesar lentamente la calle, no quitaba sus ojos de ella, mas cuando solo habia andado poco mas de la mitad de su camino, se presenta Forey con todo su estado mayor. ¡Ah! entonces fui testigo de una escena que difícilmente se borrará de mi memoria, aquella jóven, ruborizada porque consideraba que era en aquel momento el objeto de toda la atención pública, seguia sin embargo adelante con su ciego de la mano y baja la vista, haciendo esfuerzos para llegar lo mas pronto á su destino.

El general Forey que venia observando bien lo que pasaba, llega con su comitiva hasta ponerse á muy pocos pasos de la jóven, para su caballo delante de ella, se descubre, y permanece en esta posición hasta que la jóven llegó con el ciego al extremo opuesto de la calle. Así quiso sin duda manifestar el mariscal frances á aquella interesante jóven todo el respeto que merecia su bella accion.

Imposible es que pueda yo describirte las emociones tan tiernas, tan delicadas que produjo en los espectadores aquella escena; todos nos encontráramos verdaderamente conmovidos con la vista de aquella jóven, que sin pretenderlo, habia sido el objeto de una magnífica, de una envidiable ovacion atrayéndose al mismo tiempo todas las simpatías. Su excelente corazón, sus sentimientos de verdadera caridad, la indujeron sin duda á ejecutar aquella buena accion, que Dios quiso premiar inmediata y espléndidamente.

Aquella graciosa y modesta jóven, verdaderamente mortificada por lo que acababa de pasar, luego que dejó al ciego en salvo volvió á reunirse con las personas que le acompañaban, tomando en seguida por la calle de Plateros; pero no habia andado aun quinientos pasos, cuando llegó á ella un ayudante del mariscal Forey, quien despues de apearse de su caballo, le presentó un hermoso ramo de flores, diciéndole, que el mariscal le suplicaba recibiera aquel ramo como una muestra de afecto y simpatía. Al dia siguiente todos los periódicos se ocuparon del suceso, y todos tambien hacian los debidos elogios de aquella jóven caritativa y benéfica, que en nada reparó, que nada temió cuando se le presentó la ocasion de hacer un bien.

¿No te da envidia, hijita? ¡Qué bonito! ¡qué hermosa es la virtud de la caridad! y cuánto enaltece á los que la practican, especialmente á la juventud, porque la beneficencia, hijita, tiene algo de angélico cuando se ejercita por las manos de la inocencia y del candor. ¡Ah! es preciso, absolutamente preciso que tú seas muy caritativa, muy benéfica, muy virtuosa, en fin, pídeselo á Dios como yo se lo pido.

CARTA XXIV.

Con la presente concluye la série de las que me propuse escribir para tí: tú pensarás que te he dicho demasiado, mientras yo creo precisamente lo contrario. Son tan vivos los deseos que tengo de verte perfecta, que en punto á tu educacion, por mucho que te diga y haga, jamas quedaré satisfecho. Soy como el hombre insaciable de Horacio que codiciaba siempre un rinconcito mas para agrandar su campo; yo temo todos los que pudieran desfigurar el mio, que quisiera ver, si posible fuera, sin una falta. Pero ¿sabes lo que temo, hijita? temo, que

una vez leidas mis cartas las guardes para no verlas mas: mas claro, que no hagas gran caso de ellas; y que solo allá, en tu mayor edad, ó cuando algun rudo golpe de la suerte haya venido por desgracia á herir tu jóven corazon, sea cuando te acuerdes de este pequeño libro que te ha dedicado la persona que mas puede amarte en el mundo.

¿Qué dices, hijita, serán fundados mis temores? No será posible, que aunque jovencita, y en medio de las ilusiones propias de tu edad, recorras de vez en cuando las pocas pájinas de este pequeño libro y procures aprovechar te de los buenos consejos que en él te he dado? Sí, si podrás hacerlo, y lo harás, porque yo te lo encargo, yo te lo suplico.

A un señor de gran talento he oido decir muchas veces, que los hombres todos pasamos la mitad de la vida haciendo tonteras, y la otra mitad llorándolas, y en verdad que no hay cosa mas cierta.

Otro sabio, inglés por cierto y de mucho mundo, decia, que los jóvenes viven en un estado de embriaguez natural, que no les permite caminar sin apoyo, pues que, como los verdaderos ébrios, están espuestos á caer á cada paso y romperse tal vez la cabeza el dia menos pensado.

Ya ves, todos los hombres de mundo y de ta-

lento convienen en que la juventud es inesperada y comete á menudo desaciertos; y pues que personas tan competentes lo dicen, preciso será creerlo: ¿no te parece? por mas que los mismos jóvenes se resistan á ello y crean que todo lo saben y de nadie necesitan.

Persuadida tú de ello, y ayudada de tu natural talento, procura siempre huir del mal y acercarte al bien cuanto sea posible, lo que conseguirás fácilmente guiando tu razon por los buenos consejos que recibas de personas entendidas y juiciosas; así verás realizados tus deseos de ser apreciada en la sociedad por tu buen porte, y por tu virtud sobre todo, porque es preciso, absolutamente preciso que seas virtuosa.

Empéñate, pues, en ello, hijita, y pídeselo á Dios constantemente por medio de la Virgen que deberá ser siempre tu mas firme apoyo, tu mas eficaz protectora. Invócala constantemente en tu favor: díla que es tu Madre, y que como tal, debe velar por la felicidad de su hija, que la ama mucho y encarecidamente le pide que no la permita jamas abandonar el camino de la verdadera virtud.



BU
C
C